El mundo es azul

Annie Ballandras

El mundo es azul

Annie Ballandras

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2024
©Annie Ballandras, 2024
Foto Portada: Patrick Wasielewski
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-02-8
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-7111-2024

«Soy inmortal cuando sueño, porque estoy fuera del tiempo».

Dedicado a Poseidón, mi fiel amigo

AGRADECIMIENTOS:

Al mar, fuente de mi inspiración.

A Marina, a Patrick, a mis gatos y al lugar que me hizo sentir inmortal cuando sueño porque estoy fuera del tiempo: Puerto Madryn, Patagonia argentina.

CAPÍTULO 0

Veinticuatro horas de amor

«Si su soledad fuera un lugar, este sería el mar».

Marine bajaba las escaleras mecánicas del Aeroparque Jorge Newbery mientras mi madre y yo esperábamos emocionadas por recibirla. Llevaba una campera roja, un gorro rosado tejido y su pashmina color azul marino. Tenía un bolso de mano y una valija de cabina con ruedas, que Grace, mi madre, le había regalado para su tercera luna de miel. Venía de pasar sus tan anhelados días en las Cataratas del Iguazú. Cumplía uno de sus mayores sueños, poder conocer la belleza natural de la zona.

Marine no había viajado mucho en su vida, sin embargo, estos días habían sido muy especiales para ella. Después de enviudar dos veces, había apostado

nuevamente al amor, pero este se le escapaba de las manos, como en un reloj de arena, por tercera vez.

—Sólo duró una noche —dijo Marine afligida mientras abrazaba a mi madre.

—¡Bienvenida a casa! —dije sin agregar nada al respecto.

Se habían ido de luna de miel hacía exactamente una semana, pero la misma noche que llegaron al hotel, Jorge falleció de un paro cardíaco, en pleno acto de amor, pasión y entrega.

—Quizás fueron las emociones fuertes —indicó Marine mientras caminábamos hacia la confitería del aeropuerto para tomarnos un café.

Marine y Jorge habían llegado al hotel cercano a las cataratas, hicieron el *check-in*, dejaron su equipaje, recorrieron las instalaciones, tomaron el servicio de *spa* y se prepararon para la cena bajo la luz de las estrellas. Brindaron por el amor eterno. Esta era la tercera oportunidad de Marine para disfrutar de la vida en pareja, su alma estaba enamorada de una ilusión que en poco más de veinticuatro horas le fue arrebatada nuevamente por el Ángel de la Muerte, quien se hizo presente sin permiso ni aviso.

La Policía dio la posibilidad a Marine de traer el cuerpo de su esposo a Buenos Aires para hacer los estudios de la autopsia y conocer la verdadera causa de su muerte. La otra opción era tramitar todo en el lugar y luego definir si se llevaría el cadáver para el entierro

o bien sus cenizas. Ella prefirió no hacer cambio de planes, por lo tanto, la autopsia y la cremación se realizarían en la zona mientras ella continuaba con su itinerario. Tenían todo el viaje pago y planificado para los dos, y ella cuidaba el dinero ante todo.

Al día siguiente, en el desayuno bufet del hotel, tomó su café con leche acompañado de medialunas, jugo de naranjas y frutas de estación. Allí conoció a una mujer que también estaba sola, como ella ahora. Se le acercó y la invitó a compartir la mesa del desayuno para comenzar el diálogo.

—Qué lindo paisaje, hoy será un hermoso día —anunció Marine con una sonrisa, aunque su mirada se encontraba perdida, a la búsqueda de un horizonte.

—Así parece —respondió Rose, quien inmediatamente se presentó—: Perdón, me llamo Rose, estoy pasando unos días de descanso en la zona. Vine a conocer el sitio por turismo —resaltó emocionada.

Marine sonrió y continuó su desayuno mientras escuchaba a Rose, una mujer de aproximadamente cuarenta años, esbelta, rubia, con cierto estilo deportivo y a la moda.

—Disculpe que me entrometa, pero usted es la señora que anoche... —insinuó con timidez.

—Sí, que anoche quedó viuda —afirmó Marine con tristeza y sus ojos llenos de lágrimas.

—Tremendo, no tengo palabras para darle mi compasión.

—Con que puedas darme tu compañía estoy contenta —dijo Marine. Y agregó—: Teníamos todo contratado: excursiones, paseos guiados; en fin, todo aquello que planificamos para compartir juntos, pero hubo un cambio de planes. Yo de todos modos me voy a quedar, no voy a desperdiciar este viaje. Además, está todo pago. Esto costó mucho dinero —afirmó enojada.

—Comprendo —dijo Rose algo sorprendida. Sonaba raro que una mujer perdiera a su esposo y pensara en cuidar el dinero y quedarse a disfrutar unos días en el lugar.

—¿Vos tenés tus excursiones planificadas? —insinuó Marine.

—No, la realidad es que llegué hace dos días, sin rumbo fijo, no quise atarme a comprar paquetes desde Buenos Aires. Preferí venir e ir viendo las cosas día a día. Así soy yo, cambiante como el viento, libre. —Sonrió Rose.

—Si querés, podemos compartir los gastos, te lo dejo todo a mitad de precio y por lo menos recupero un poco lo que invertí —dijo Marine con un claro objetivo: recuperar el dinero.

—Suena bien. Además, me gusta la idea de tener una compañera de viaje.

—Comenzaremos a las diez horas si te parece bien.

—De acuerdo, nos vemos en el vestíbulo del hotel. Estoy en la habitación 815, por las dudas.

—Yo estoy en la 205 —afirmó Marine.

Eran las 8.30 horas. Marine disfrutaba de levantarse temprano, le encantaba la mañana. Tenía su mate preparado para la excursión, que ese día era una caminata para ver las tan esperadas cataratas. Tenía tiempo para hacer un trámite antes de disfrutar ese paseo con su nueva amiga Rose. Fue a su habitación, tomó la valija de Jorge, su difunto marido, y la llevó con ella mientras caminaba por las calles de la zona. En la esquina del hotel, justamente, había una feria, donde algunos productores ofrecían sus productos en la calle, a cielo abierto. Aún estaba todo cerrado, solo los madrugadores estaban comenzando a preparar sus puestos.

Vio a una mujer de origen boliviano, se acercó a ella y le ofreció la valija cerrada con todas las pertenencias de Jorge —ropa principalmente— a bajo precio. La mujer aceptó conmovida por Marine, quien exageró su necesidad económica. Ya de regreso en el hotel no tenía ni valija ni marido, era libre nuevamente. Ahora estaba preparada para disfrutar estos días en las cataratas. Tenía por delante una semana intensa junto a su amiga Rose, con quien compartió hermosas aventuras y recuerdos.

Era viernes. El teléfono de la habitación 205 sonó cerca de las dieciséis horas. Marine estaba cansada, tomaba unos mates en el balcón que daba a un jardín

interno del hotel rodeado de naturaleza. La llamada era de la Policía informando que la autopsia se había realizado. Jorge había muerto de forma natural a causa de un paro cardiaco; al parecer tenía una cardiopatía congénita y el alcohol de la noche, las emociones fuertes y el estrés del viaje terminaron por colapsarlo. También comprobaron que su cerebro registraba secuelas de algunos ACV —ictus o accidente cerebrovascular—, que muchas veces se dan de manera silenciosa.

El cuerpo estaba listo para el entierro. Marine prefirió cremarlo y llevar sus cenizas a Buenos Aires para devolverlo a la naturaleza en la costa de Mar del Plata, donde querían hacer su próximo viaje ella y Jorge. Tenían intención de comprar una propiedad allá. Jorge se dedicaba al mercado de los libros y su impresión. Tenía pasión por la lectura, por eso había montado una imprenta pequeña en la capital argentina con el objetivo de producir libros de forma más artesanal, especialmente dirigida a autores poco conocidos. Si se mudaban a la «ciudad feliz», el objetivo era expandir su negocio en la zona, que, sin dudas, tendría mucho potencial por la enorme cantidad de escritores locales.

Marine quedó en pasar por la funeraria a definir detalles de papeles sobre el traslado del cadáver para poder volver a Buenos Aires. Estaba preocupada, dado que querían cobrarle un cofre de madera delicada con manijas de bronce para llevarlo de regreso con todos los lujos. Sin embargo, ella prefirió economizar.

—¿Cuánto sale? —preguntó aterrorizada viendo el cofre de madera brillante que le proponían.

—Siete mil quinientos pesos —afirmó el vendedor de la funeraria.

—Ni loca, tengo que llevar cenizas, ¿no tienen alguna caja que les sobre? —consultó indignada por los altos costos que le querían obligar a pagar.

—Hay otras opciones más sencillas, señora —anunció incómodo el vendedor—. ¿Cuál sería su presupuesto? —preguntó con ciertas dudas.

—Más sencillas no, algo económico tampoco, no tengo ningún presupuesto para un muerto. Soy una pobre viuda. Vine de luna de miel a conocer las cataratas y me vuelvo sola. ¡¿Qué me importa llevarme una caja de lujo?! La plata hay que gastarla en vida y disfrutarla —exclamó enojada. Y agregó—: Quiero algo que no tenga ningún costo. Que sea gratis, así es mejor. —Sonrió con ironía.

—No tenemos cofres de madera gratis, señora, todos tienen mayor o menor costo, pero algún cargo deben tener. Ese es nuestro negocio —afirmó el vendedor enojado con la situación.

—Ustedes lucran con la muerte. Bueno, entonces póngamelo en una caja de fósforos. ¿Eso sí le sobra? Una de cuatrocientos fósforos, así puede guardar más cenizas, y lo que sobre lo descarta y se terminó el tema.

Marine llegó al hotel a tomar su desayuno, con una caja de fósforos en su bolsillo. Rose la saludó y se

acercó a compartir el último desayuno del viaje. Miró la caja, pero no preguntó. Todo era posible en este contexto. Marine la guardó con discreción en su bolso de mano cuando asumió que ella la había observado. No le gustaba que la juzgaran, no tenía intención de dar explicaciones. A sus cincuenta años, y luego de tres matrimonios fracasados, la vida le había enseñado a disfrutar el momento sin culpas, sin miradas de aprobación ni permisos.

Preparadas para el último día de aventuras, tomaron la cámara fotográfica de Rose, la clásica Polaroid que sacaba fotos instantáneas para sumar en el álbum de los recuerdos. Marine no había llevado cámara, tenía pensado comprar una con Jorge en la zona. Pero como Rose tenía la suya, prefirió no gastar y a lo sumo copiar alguna para llevarse. Ese día compraron los recuerdos de las cataratas: piedras de la zona, mates, algunos tejidos e hilados, la Virgen del Tiempo, que cambia de color según el clima, entre otras cosas.

Rose partía el domingo por la tarde, pero Marine tenía su vuelo programado a primera hora ese día; la mañana siempre era su momento preferido. Se despidieron emocionadas, prometiendo volver a encontrarse en algún otro viaje o por lo menos llamarse por teléfono cada tanto. La amistad entre Rose y Marine había comenzado y sería más fuerte que el tiempo, las distancias y circunstancias. No sabían si volverían a

verse, pero este viaje quedaría guardado en sus memorias para siempre.

Marine, en alguna de las tantas charlas compartidas, le había contado sus idas y vueltas con el amor. Se casó muy joven, a los dieciocho años, con Julio, un consignatario mayorista del mercado central. De ese matrimonio tuvo a Grace y María Esther, sus dos hijas. Al fallecer Julio, luego de veinte años de unión, Marine comenzó a bailar tango y salía con sus amigas a clubes cercanos en el barrio de Palermo.

Una noche, cuando ya ella tenía cuarenta años, conoció a Sergio; fue amor a primera vista. Él quedo asombrado por su baile, sensual y provocativo para la época. Con ropa de tango ajustada a su esbelto cuerpo y zapatos acordes, Marine sabía sentir en su piel la letra de cada tema. Al poco tiempo se casaron, estuvieron juntos cinco años. No fue un gran amor, pero Sergio era muy atento con ella. Viajaban bastante a la costa.

Marine seguía con su sueño de comprar una casita cerca del mar, para vivir su vejez con otra calidad de vida. Como lo había soñado con Jorge. Tampoco pudo cumplir su deseo en esta tercera oportunidad que la vida le regalaba. Si su soledad fuera un lugar, sería el mar. Era una enamorada de la playa. Sabía que llegaría un nuevo amor, con quien compartir esas caminatas a orillas del mar que tanto disfrutaba. La pregunta era cuándo, porque ya tenía cincuenta años y este había sido su tercer matrimonio, que tan solo duró una noche.

En Cataratas del Iguazú quedaba sellado su amor; solo esa pequeña caja de fósforos guardaba memoria de lo que en algún momento fue vida, y ahora estaba reducido en unas pocas cenizas que serían llevadas a Mar del Plata, donde ella continuaría su historia.

Después de nuestro café con medialunas en el bar del aeropuerto, mi madre pagó la cuenta. Mientras esperaba al mozo, observé que Marine disfrutaba mirar cómo los aviones llegaban y otros se preparaban para partir. Era una soñadora. Tendría que haber sido artista. Tomamos la valija, el bolso y nuestros abrigos para buscar un taxi que nos llevara a casa. Marine estaba de regreso con nosotras y ahora teníamos que empezar a planificar el viaje a Mar del Plata para devolver las cenizas de Jorge al mar.

El mozo de la cafetería había quedado sorprendido. Cuando levantó nuestras tazas, y junto a la propina que le había dejado, encontró que nos habíamos olvidado una caja de fósforos. Nos buscó, pero no logró encontrarnos entre tantas personas que transitaban por el aeropuerto.

Tantos sueños y emociones vinculados a la hora de hacer un viaje. Lo que dejamos atrás. Los cambios. No somos la misma persona que sube al avión. Hay una inevitable transformación en cada viaje, no es un simple traslado. Regresamos con nuevas ideas, renovados. No viajamos para escapar de la vida, sino para que la vida no se nos escape.